

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
BARTOLETE PÉREZ APSTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
CUATRO PESETAS SEMESTRE

EL MOMENTO OPORTUNO

Con ser tantos los asuntos que han acaecido durante la pasada quincena en nuestra adolorida y quebrantada España, solo he de glosar unos ellos, a mi juicio el más interesante, porque abarca en su unidad los dos aspectos capitales en la vida de nuestro pueblo: el aspecto político y el nacional.

Me voy refiriendo, caro lector, al discurso recientemente pronunciado en la cámara popular por el político de más elevada talla intelectual, de cuantos, víctimas de una inepticia punible o de unos egoísmos criminales, contribuyen desde hace tiempo al progresivo desmoronamiento de nuestra integridad nacional.

El jefe de los radicales españoles, el ventripotente don Alejandro Lerroux, ha levantado en los escaños parlamentarios su copiosa humanidad y con la elegancia retórica en él peculiar, ha hilvanado una oración admirable en la que han vibrado las palabras y los conceptos de un modo gallardo y viril. Con el escalpelo de su inteligencia ha hurgado en las innumerables lacras que cubren el cuerpo nacional y profundizándose valientemente hasta llegar a los secretos del organismo, ha puesto al descubierto la naturaleza de aquellas y las causas originarias de las mismas, que con a la manera de hervor de debilidades y cobardías.

Cierto que el antiguo revolucionario furibundo, terror de banqueros crasos y plácidos rentistas, desaparecía a medida que las palabras brotaban redondas de los labios de don Alejandro, el cual con un golpe certero, que juzgamos desde luego intencionado, derrumbó estrepitosamente el edificio sólido y altivo de una reputación difinida y ponderable en la política española; más a pesar de ello y aun a pesar de los aplausos prodigados por los llamados elementos de orden, que son como la más palmaria confirmación de lo que arriba dejamos indicado, juzgamos, como cumple a la postura del Sr. Lerroux, y a fuer de individuo amante de su patria y desligado de todo personalismo y de todo sectarismo político hemos de hacer la declaración concreta y precisa de nuestro beneplácito, de nuestra conformidad, con el acto político que nos ocupa.

Horas son las actuales para que las riendas del poder sean sostenidas por manos fuertes y poderosas, si se quiere salvar a España de una inevitable precipitación al caótico abismo de la anarquía; momentos

son los presentes de una afirmación viril e inquebrantable que, no cabiendo de templanzas improcedentes, ni de debilidades femeniles, libre el paso escabroso y arranque la planta perniciosa que impide el florecimiento de las sagradas rosas que aroman la vida, de las rosas que son paz y progreso, de las rosas que hacen compatible el desenvolvimiento normal de los derechos individuales, hoy transgredidos, quebrantados y huérfanos de toda protección oficial.

Es preciso mirar cara a cara la realidad nacional, sin mogigaterías ni aspavientos; y cuando tengamos una visión clara de todos esos anhelos indefinidos que pugnan al margen de la ley, es necesario salirles al paso para darles vida legal en una nueva legislación social más comprensiva y más humana que esta de ahora. Pero, entretanto, hay que cuidar por la organización social actual poniendo un valladar a la virulencia disolvente que amenaza los fundamentos de toda sociedad humana.

El corrosivo de un ideario llevado a la exaltación, amenaza desquiciar en plazo no muy lejano las más sagradas instituciones, virus infecto de bárbaros delirios iban penetrando en las conciencias de los hombres e iban formando un núcleo maléfico que, con torvo gesto y alaridos por todos escuchados anuncia el advenimiento de una nueva era, roja como la sangre de sus víctimas.

No son las palabras anteriormente escritas desmedidas exageraciones del cronista. Ahí están si no los sucesos que todos los días turban la paz de las ciudades y las cuales llegan hasta nosotros empalidecidos a través de los relatos censurados de la Prensa diaria. Todos ellos son síntomas del nuevo estado de cosas que con pasos precipitados llega y que logrará tomar cuerpo, si no se le sale al paso, sin temor de ningún género y arriesgándolo todo antes que consentir su funesta cristalización.

La ocasión es decisiva; quizás de demorar la acción el remedio resulte ineficaz. Todas las cosas en la vida tienen un momento único y el de atajar la perturbación social de España es el presente y por eso el poder debe ir a manos de quienes sean capaces de segar de un solo golpe la floración precoz del sindicalismo, de ese pavoroso fantasma rojo que amenaza implacable.

FRANCISCO ADÁN.

Amor es conveniencia

No creo en nada; ¡en nada! Todo es odio y mentira,
Ni en amor, ni amistad. La vida es falsa y loca;
loca como la musa que mis versos inspira;
ciega como el caballo que al correr se desboca.

El querer es un mito. Sí, Amor, mi noble lira
flora tu aciago y triste sino; mas te invoca,
porque al convenio absurdo de dos almas sin mira
de ideales, se le llama hoy amor. ¡Oh, como troca

el vulgo tu función creadora y te escarnece...!
No eres nada en la vida; ni ilusión, ni ventura;
por eso tu existencia me abate y me entristece.

¡Y creo, como hay Cristo, que sin ti, el matrimonio
es la mansión maldita del odio y la tortura,
donde viven triunfantes el pesar y el demonio!

ALFREDO MIRA RUBIO.